

## Polisemia, ambigüedad y traducción

VALENTÍN GARCÍA YEBRA  
(Madrid)

1. Entendemos por polisemia, en sentido lato, la capacidad de un significante para expresar dos o más significados. La polisemia obedece a la ley de la economía lingüística. Fue Aristóteles —que sepamos— el primero en explicar su origen: «los nombres y el número de los enunciados (λόγων) son finitos, mientras que las cosas son infinitas en número, por lo cual es necesario que un mismo enunciado y un solo nombre signifiquen varias cosas» (Περὶ τῶν σοφ. ἐλέγχων, 165 a 10-13). La polisemia se da probablemente en todas las lenguas. Ullmann la incluye entre los universales lingüísticos. Puede producirse fundamentalmente o bien por divergencia de las aplicaciones de un mismo significado hasta constituir significados distintos, o bien por convergencia fonética de distintos significantes hasta constituir uno solo. La polisemia puede ser léxica, morfológica o sintáctica.

2. *Polisemia y homonimia*. En sentido estricto, suele hablarse de *polisemia* cuando los distintos significados producidos a partir de uno solo conservan afinidad perceptible. Cuando la convergencia fonética de dos significantes los unifica sin alterar sus significados, suele hablarse de *homonimia*. Pero no siempre se da una separación neta entre ambos conceptos.

2.1. Puede suceder que dos ramificaciones de un mismo significado se hayan separado tanto que su tronco común ya no sea visible, o sólo pueda verse usando medios especiales. Un ejemplo clásico lo tenemos en el fr. *voler*. El lingüista cree saber que *voler* 'robar', 'hurta', es un empleo metafórico de *voler* 'volar', y que esta metáfora, atestiguada desde el siglo XVI, procede del lenguaje de la cetrería («le faucon *vole* la perdrix»)<sup>1</sup>;

<sup>1</sup> Tal etimología no es del todo segura. También se ha relacionado *voler* 'hurta' con lat. *vōla* 'concavidad de la mano', de donde quizá ya lat. *involare* 'robar'. En

pero el hablante común desconoce el origen y hasta la existencia de la metáfora, y ve en *voler* dos palabras distintas.

2.2. Puede suceder también que dos palabras distintas evolucionen de modo que, al ir aproximándose los significantes, se establezca relación entre los significados. Esta relación puede llegar a influir en la evolución del significante. Es conocido el ejemplo del nombre fr. de la flor llamada en esp. «maravilla» o «caléndula». Su nombre lat. era *solsequia*, compuesto de *sol* y *sequia*, derivado éste de *sequi* 'seguir'. No tenía en su origen ninguna relación con *souci* 'preocupación, 'cuidado', sust. deverbale de *soucier*, deriv. del lat. *sollicitare*. De la evolución fonética del significante *solsequia* resultó en fr. ant. el femenino *soussie*. Y el vínculo establecido por los hablantes entre el significado de ambas palabras, al considerar *la soussie* como símbolo de *le souci*, igualó los significantes, cambiando el género del nombre de la flor, que pasó a llamarse *le souci*, como lo simbolizado por ella.

2.3. De lo anterior resulta que los conceptos de *polisemia* y *homonimia* son subjetivos. En *voler* 'volar' y *voler* 'hurtar', el hablante común francés ve dos significados distintos con el mismo significante (*homonimia*); el lingüista conoce la bifurcación del significado y sigue viendo el origen común de ambas ramas (*polisemia*). En *souci* 'preocupación'/'caléndula', el hablante corriente ve una sola palabra con dos significados unidos por una relación simbólica (*polisemia*); el lingüista conoce las procedencias diversas de *souci* 'preocupación' < *soucier* < *sollicitare* / *souci* 'caléndula' < *soussie* < *solsequia*, y sigue viendo dos palabras, más o menos fundidas en una (¿*homonimia*?). Apurando más el razonamiento, si el criterio para distinguir entre los dos conceptos es la conciencia lingüística de los hablantes, no sólo resultará que para uno puede ser *polisemia* lo que para otro es *homonimia*, sino que un mismo hablante podrá ver ahora *homonimia* donde más tarde verá *polisemia*, o a la inversa; bastará que cambie su condición de hablante común por la de lingüista.

2.4. El problema se complica si, con S. ULLMANN, se entiende que hay también *homonimia* cuando «dos o más palabras diferentes pueden ser

---

esp. clás. hay ejs. de *volar* con sentido muy próximo al de *robar* (v. *luego* (19) en 4.). LOPE DE VEGA, *La batalla del honor*, en *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española, Nueva ed., t. III, Madrid, 1917, pág. 589 a-b: «De vista ha sido testigo / de lo que hacer pretendía / con pólvora de favor / de estas infames criadas, / minas, resquicios y entradas / para volarme el honor», relación «volar el honor» de una mujer con «volar» = 'hacer desaparecer' con pólvora. Dámaso Alonso, que se inclina por la etimología comúnmente aceptada, expone («Gallego-asturiano «bolar», 'dar con', 'obtener', *O. C.*, I, Madrid, Gredos, 1972, págs. 422-25) hechos dialectales que «no muestran por completo el proceso 'volar' > 'robar', pero sí un uso metafórico de 'volar' que apunta hacia esa misma dirección» (*ib.*, pág. 423).

idénticas en sonido» (*Semántica*, trad. esp., 2.ª ed., 4.º reimpr., Madrid, Aguilar, 1976, p. 179). Esta definición ensancha los límites de la homonimia al incluir en ella lo que suele denominarse *homofonía*. Según esto, serían homónimas palabras fr. como *sain, saint, sein, seing, ceint*. Al traductor, que opera sobre textos escritos, no le causan problema las palabras homófonas pero no homógrafas. Por eso la homofonía no es asunto de la teoría de la traducción.

2.5. La distinción estricta entre polisemia y homonimia, útil para la descripción lingüística y para el trabajo lexicográfico, es irrelevante para la traducción. Lo decisivo para el traductor es que un significante de la LO (lengua original) tenga diversos significados que no puedan expresarse en la LT (l. terminal o l. de la traducción) por un solo significante. Y es indiferente que esta diversidad de los significados proceda de polisemia o de homonimia. En cualquier caso, el traductor tiene que (y le basta con) elegir en la LT el significante adecuado para reproducir el significado del significante de la LO en un texto concreto. Se reconoce generalmente que los verbos fr. *louer* (del lat. *laudare* 'alabar') y *louer* (del lat. *locare* 'arrendar') son homónimos. Pueden, sin embargo, crear situaciones de duda para el traductor: *louer une maison, louer un garçon de ferme*, pueden significar 'alabar' o 'arrendar' una casa, 'alabar' o 'contratar' a un gañán. El significante alemán *Rosenkranz* es un caso de polisemia: una sola palabra compuesta que tiene varios significados, de los cuales nos interesan ahora dos: uno propio, 'guirnalda (*Kranz*) de rosas (*Rosen*)', y otro figurado, 'rosario' como a) rezo católico dedicado a la Virgen, b) sarta de cuentas que se utiliza para este rezo. En las acotaciones de Schiller para la representación de su *Maria Stuart* se dice que la protagonista debe llevar colgado del cinturón un *Rosenkranz*. Según Peter BRANG («Das Problem der Übersetzung in sowjetischer Sicht», en H. J. STÖRIG, *Das Problem des Übersetzens*, Stuttgart, 1963, p. 419), el traductor ruso de la obra de Schiller entendió la palabra alemana en su sentido propio, y la protagonista llevó durante muchas representaciones una guirnalda de rosas, en vez de un rosario, pendiente del cinturón.

3. *Polisemia y ambigüedad*. La polisemia es una propiedad de las lenguas. Pero la traducción no opera sobre las lenguas en cuanto tales, sino sobre sus manifestaciones en el habla, sobre textos concretos. Ahora bien, la polisemia puede producir en los textos ambigüedad e incluso plurisignificación. En sentido estricto, llamaríamos ambigüedad a la posibilidad de que un texto o parte de un texto pueda interpretarse de dos maneras distintas; si las posibilidades de interpretación son más de dos, hablaríamos (por no existir el término «plurigüedad») de plurisignificación. En sentido más amplio, llamamos a continuación ambigüedad tanto a la ambigüedad estricta como a la plurisignificación. A la teoría de la traducción le interesa la ambigüedad más directamente que la polisemia.

3.1. Lo mismo que la polisemia, la ambigüedad puede ser a) léxica, b) morfológica y c) sintáctica. Los tres tipos de ambigüedad fueron ya conocidos por los griegos, que la llamaron ἀμφιβολία, y por los latinos, que le dieron el nombre de *ambiguitas* o, transcribiendo el término griego, *amphibolia*.

3.1.1. Aristóteles, aunque no *expressis verbis*, distingue los tres tipos de ambigüedad. La distinción entre a) y c) está implícita en el pasaje de Περὶ τῶν σοφιστικῶν ἐλέγχων citado en 1.: la polisemia del nombre (ὄνομα) y la del enunciado (λόγος) pueden causar respectivamente ambigüedad léxica y ambigüedad sintáctica. Pero las tres especies pueden documentarse explícitamente en otras obras suyas:

a) Aristóteles conocía muy bien la ambigüedad causada por la posibilidad de atribuir diferentes significados a una misma palabra. Era en él preocupación constante διελεῖν ποσᾶχος ἕκαστον λέγεται («distinguir en cuántos sentidos se dice cada término»); cfr. Τοπικῶν A 13, 10 a 24; 18, 108 a 17-37. En varias ocasiones llama al libro Δ de la *Metafísica* Τὰ περὶ τοῦ ποσᾶχος, es decir, el escrito en que se explica «de cuántas maneras se dice». Y en la *Ética Nicomaquea*, 1129 a 29-30, pone un ejemplo de homonimia: καλεῖται κλείς ὁμωνύμως ἢ τε ὑπὸ τὸν ἀχένα τῶν ζῴων καὶ ἢ τὰς θύρας κλείουσιν («se llama *llave* homónimamente la que está bajo el cuello de los animales [clavícula] y aquella con que cierran las puertas»).

b) En Τοπικῶν Z, 145 b 24-27, atribuye carácter ambiguo (ἀμφιβολον) a la expresión νῦν ἄφθαρτον εἶναι («ser *ἀφθαρτον* ahora»); ἄφθαρτον, en efecto, como adjetivo verbal en -τος, tiene potencialmente dos significados, que en lat. corresponden al participio de perfecto pasivo en *-tus* (*corruptus*) y al adjetivo verbal en *-bilis* (*corruptibilis*). Esta cualidad de los adjs. en -τος pertenece a la lengua; constituye un caso de polisemia morfológica. Pero, si se dice de algo: νῦν ἄφθαρτόν ἐστι, se produce un enunciado que puede interpretarse de tres maneras: 1) «no se ha corrompido aún»; 2) «no puede corromperse ahora»; 3) «ya no puede corromperse nunca». Tenemos entonces un texto ambiguo (plurisignificativo), con ambigüedad morfológica.

c) Aristóteles conocía también la ambigüedad causada por la oscuridad en el orden de los elementos de la frase. En Περὶ ποιητικῆς 1461 a 23 explica que hay dificultades de interpretación que se resuelven separando adecuadamente las palabras; así, cuando dice Empédocles:

- (1) Pronto se hicieron mortales las cosas que antes habían aprendido a ser inmortales y las puras antes estaban mezcladas (ζωρὰ τε πρὶν κέκρητο),

la última frase admite dos interpretaciones, según que el adverbio «antes» (πρ(ν) se refiera a «las puras» («las antes puras») o a «estaban mezcladas» («estaban antes mezcladas») <sup>2</sup>.

3.1.2. Entre los latinos, Quintiliano distingue 1) la ambigüedad léxica y 2) la ambigüedad sintáctica, y subdivide ésta en dos especies: a) una propia del discurso oral, y b) otra que puede darse tanto en éste como en el escrito:

En su *Inst. orat.* 3, 6, 43 expone que hay *ambiguitas* cuando es evidente que las palabras pueden interpretarse de dos maneras: *cum sit manifestum verborum intellectum esse duplicem*. La ambigüedad puede nacer, según él, 1) de la homonimia léxica (7, 9, 2): *gallus* 'gallo', 'galo', 'castrado'; *cernere* 'cribar', 'percibir', 'entrar en posesión de una herencia'; 2 a) de la ordenación desmañada de las palabras que se suceden inmediatamente (7, 9, 5) en el discurso oral: *ingenua* 'nacida libre', *in genua* 'de rodillas'; *in culto loco* 'en tierra cultivada', *inculto loco* 'en tierra sin cultivar'; 2 b) de la inadecuada ordenación de las palabras en el conjunto de la frase (7, 9, 10), tanto en el discurso oral como en el escrito:

(2) Lachetem audivi percussisse Demean.

¿Quién es el que golpea? Y en otro lugar (9, 4, 3) afirma que la ambigüedad producida por la colocación viciosa de las palabras es conocida por todos: *amphiboliam quoque fieri vitiosa locatione verborum nemo est qui nesciat* <sup>3</sup>.

3.1.3. Lo dicho sobre Aristóteles y Quintiliano muestra la falta de fundamento con que afirman algunos que no se tuvo en cuenta la polisemia sintáctica hasta el advenimiento de la gramática generativa.

3.2. Tampoco a los antiguos teóricos de la traducción les pasó inadvertido el problema de la ambigüedad. San Jerónimo se refiere a él en sus cartas y en algunos prólogos a sus traducciones bíblicas. He aquí dos ejemplos. En la carta 65 *Ad Principiam Virginem explanatio psalmi XLIV* (*Cartas de San Jerónimo*, ed. bilingüe, introducción, versión y notas por Daniel RUIZ BUENO, Madrid, BAC, I, 1962, p. 606) dice: «Pro eo quod nos transtulimus 'domibus eburneis', quia in graeco scriptum est ἀπὸ βάρειων, quidam Latinorum ob uerbi ambiguitatem 'a grauibus' interpretati sunt, cum βάρεις uerbum sit ἐπιχώριον Palaestinae, et usque hodie domus ex omni parte conclusae et in modum edificatae turrium ac moenium βάρεις

<sup>2</sup> Sobre las varias interpretaciones de estas palabras de Empédocles, v. mi ed. tríl. de la *Poética* de Aristóteles, Madrid, Gredos, 1974, nota 369, págs. 329-30.

<sup>3</sup> Sobre el tratamiento de la ambigüedad en Quintiliano y otros latinos, v. H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, «Índice de términos» (vol. III), especialmente núms. 210, 222 y 953 c.

appellentur». Y en la carta 36 *Ad Damasum* (*ibid.*, p. 268) explica cómo en hebreo, por la costumbre de escribir sin vocales, se produce un tipo de ambigüedad peculiar, que se añade a la común a todas las lenguas: «quod uidelicet idem sermo et eisdem litteris scriptus diuersas apud eos et uoces et intellegentias habeat. Ex quibus exempli causa unum ponimus, ut quod dicimus perspicuum fiat: «pastores» et «amatores» eisdem litteris scribuntur: res, ain, iod, mem, sed pastores *roim*, amatores leguntur *reim*. Vnde euenit ut, ubi Hierusalem in prophetis cum amatoribus suis fornicationis arguitur, ibi in nostris codicibus pro amatoribus pastorum nomen sit immutatum».

3.3. Es indudable que las corrientes lingüísticas de nuestro tiempo han perfilado con más nitidez el concepto de ambigüedad. Pero el tratamiento de este fenómeno se ha mantenido generalmente en el plano de la teoría lingüística, y pocas veces ha descendido a considerar la ambigüedad en el terreno de la traducción. Sin embargo, el estudio de la ambigüedad en uno de los usos más importantes de las lenguas es realmente imprescindible.

3.4. En el artículo de J. F. KESS y R. A. HOPPE «On psycholinguistic experiments in ambiguity», *Lingua* 45 (1978) 125-148, se cita (p. 131) un estudio de PIQUETTE (1976) según el cual «en las tareas de traducción, la ambigüedad se detecta sólo en el 50 % de los casos en que está presente». En la breve exposición que sigue trato de esbozar algunos de los problemas que la ambigüedad puede plantear a los traductores y cuya solución es a veces difícil, incluso imposible.

3.5. Estos problemas pueden presentarse en las dos fases del proceso de la traducción: en la comprensión del TLO (texto de la LO) y en la constitución del TLT (texto de la LT). Y en cada fase pueden plantearse en los tres planos: léxico, morfológico y sintáctico.

3.5.1. En la fase de la comprensión del TLO, la polisemia produce con relativa frecuencia ambigüedades léxicas. Si el traductor no las detecta —como ocurre, según Piquette, en el 50 % de los casos—, puede elegir una interpretación que a él le parece evidente pero que no responde a la intención del autor. A veces, sin embargo, puede darse cuenta de la ambigüedad de una palabra en un enunciado concreto, y vacilar al tener que decidirse por una de las interpretaciones posibles. En la *Poética* de Aristóteles, 1457 a 11-12, leemos que «el nombre es una voz συνθετή significativa sin idea de tiempo». El adj. verbal gr. σύνθετος ο συνθετός significa propiamente «compuesto»; pero también puede significar «convencional», como puede verse en cualquier diccionario. Casi todos los traductores de la *Poética* han interpretado φωνή συνθετή como «voz compuesta»; así Heinsio: «quae componi potest», Flórez Canseco y también

Goya y Muniain: «voz compuesta», J. Hardy: «un composé de sons», Else: «composite sound», Gigon: «zusammengesetzter Laut», E. de Sousa: «composto», Pittau: «voce composita». En mi edición trilingüe de dicha obra me aparté de la interpretación común y traduje «voz convencional» por las razones que aduzco en la nota 289, pp. 316 s.

La ambigüedad léxica se da, como vemos, incluso en la terminología científica. Y no sólo en obras antiguas, sino también en las de nuestros días. «Aun cuando los términos y conceptos de una ciencia estén precisamente definidos —comenta ULLMANN, *Semántica*, trad. esp., ed. cit., p. 194—, cada tratadista tiene derecho a redefinirlos como juzgue conveniente. De este modo, incluso términos técnicos tan recientes como *psicoanálisis*, *existencialismo*, *estilística*, *estructuralismo* o *fonema*, han desarrollado cierto número de sentidos sólo parcialmente coincidentes».

Podrían aducirse innumerables ejemplos de errores de interpretación causados por la ambigüedad léxica. Para ULLMANN es éste «el tipo de ambigüedad más importante con mucho» (o. c., p. 179).

3.5.2. Aunque menos frecuentes, causan también dificultad en la comprensión de un texto las ambigüedades producidas por la polisemia morfológica. Podríamos volver aquí sobre la duplicidad del significado de los adjetivos verbales gr. en -τος, y añadir al ej. cit. en 3.1.1.b el doble sentido que en la *Metafísica* de Aristóteles puede tener un término tan importante como χωριστός: *separabilis* o *separatus*. Un traductor tan escrupulosamente fiel como Guillermo de Moerbeke traduce habitualmente por *separabilis*. Ahora bien, *separatus* y *separabilis*, lejos de ser sinónimos, se excluyen mutuamente: lo *separable*, en el sentido y en la medida en que es «separable», no puede considerarse «separado», y lo *separado*, en cuanto «separado», ha dejado de ser «separable», puede incluso no haberlo sido nunca; por ej., las Ideas, según Platón, o el principio de las cosas, según Aristóteles, han tenido siempre existencia «separada», no han sido nunca «separables».

Bajando a terreno más llano y a lenguas más próximas a nosotros en el tiempo, he aquí varios ejemplos de ambigüedad morfológica nada fáciles de resolver:

En la *Correspondance Paul Valéry-André Gide*, ed. R. MAILLET, Paris, 1955, p. 124 (carta de Gide), leemos:

- (3) mais dans le prisme des perles nous rêvons les eaux tièdes, les grands cieux dans les yeux étoilés des esclaves, et le bruit de la mer dans vos coquillages, Navires.

*Esclave* es de género común, y también lo es, en plural, el art. definido *les*, y, por consiguiente, el compuesto *des*. ¿Cómo saber, entonces, de quién son los ojos que hacen soñar a Gide? ¿*De los esclavos*, varones y hembras? ¿*De las esclavas*? ¿*De los esclavos* varones? La respuesta es difícil; más aún tratándose de Gide.

Mario WANDRUSZKA (*Nuestros idiomas: Comparables e incomparables*, trad. esp., Madrid, Gredos, 1976, p. 253) cita el siguiente ejemplo:

(4) Same cook I suppose, Maxim? (*Re*, 79).

Como el inglés no indica el género de los sustantivos, *cook* tanto puede ser «cocinero» como «cocinera». Pero, al traducir esta frase al alemán o a las lenguas románicas, es forzoso expresar el género de la persona encargada de la cocina. Ni el contexto ni la situación proporcionan aquí un criterio decisivo: de cinco traductores a distintas lenguas, el alemán, el francés y el portugués se decidieron por una «cocinera»; el español y el italiano prefirieron un «cocinero».

También el número puede causar ambigüedades de solución difícil, a veces imposible. Un crítico de lengua francesa escribe:

(5) On pourrait appliquer aux personnages de F. S. le titre de la pièce de Henri de Montherlant, *Fils de personne*: ils sont sans père et sans mère.

¿Cómo traducir el título de la obra mencionada sin haberla leído? ¿«Hijo de Nadie» o «Hijos de Nadie»? Consultado por su traductor español, el crítico responde que *Fils* es aquí plural. Lo era sin duda en su intención, pero la obra de Montherlant trata de *un solo hijo*.

Fuente de muchas ambigüedades pueden ser los pron. pers. fr. *vous*, ing. *you*, al. *Sie*, por la indistinción numérica de todos ellos. Los dos ejemplos siguientes se refieren a *Sie*, pero la misma ambigüedad se produciría con *vous* o *you*.

En una novela de W. DEEPING, *Heute Adam, morgen Eva* (Gütersloh, Signum Taschenbücher, s. a., p. 45), hay un pasaje en que la protagonista visita a la madre del hombre a quien ama en secreto. Éste no se halla en casa, pero las dos mujeres piensan en él durante toda la conversación. Repasan juntas el viejo libro de familia, que resume la historia de una estirpe noble y honrada. La visitante concluye:

(6) Darauf müssen Sie wohl sehr stolz sein.

¿Cómo interpretar el alcance de este *Sie*? ¿Se refiere sólo a la madre, o también al hijo, que es con ella todo lo que queda de la familia? Un traductor inglés no necesita siquiera plantearse el problema. Un traductor francés escribirá sin vacilar *vous*; pero tendrá que elegir entre *fière* y *fiers*. Un traductor español tendrá que decidirse por *usted* o *ustedes*, sin que pueda tener seguridad absoluta de cuál fue el pensamiento plasmado en el original.

En el ensayo de ORTEGA *Miseria y esplendor de la traducción* hay varios pasajes en que se establece un diálogo entre el autor y algún personaje ficticio. Estos personajes, al dirigirse a Ortega, dicen *usted* (en la trad. al. *Sie*). Pero Ortega, al contestarles, unas veces se dirige personalmente a su interlocutor singular, y otras, a todos los presentes. (Cito

por la ed. bil. J. ORTEGA Y GASSET, *Miseria y esplendor de la traducción / Elend und Glanz der Übersetzung*, übersetzt von Gustav Kilpper, Ebenhausen b. München, Langewiesche-Brandt, 2. Aufl., 1957).

Después de haber argumentado contra la traducción subrayando sus «miserias», su dificultad e improbabilidad, dice Ortega que se propone ahora hablar del «posible esplendor» del arte de traducir. Y prosigue:

- (7) Me temo —dijo el señor X— que le cueste a usted mucho trabajo. Porque no olvidamos su afirmación inicial que nos presentó la faena de traducir como una operación utópica y un propósito imposible». «En efecto; eso dije y un poco más: que todos los quehaceres específicos del hombre tienen parejo carácter. *Fürchten Sie aber nicht* —prosigue el texto alemán—, *dass ich jetzt beabsichtige, zu sagen, warum ich so denke* (pp. 28/29).

¿Cómo entenderán los lectores alemanes este *Sie*: como dirigido al «señor X», o a todos los presentes? ¿Qué escribiría un traductor español si se perdieran todos los ejemplares del ensayo de Ortega en su redacción original y hubiera que traducirlo del alemán: *usted* o *ustedes*? Probablemente entenderán aquéllos y entendería éste el *Sie* como dirigido personalmente al «señor X», interlocutor del momento. Pero Ortega dice: «No teman ustedes que intente decir ahora por qué pienso así» (p. 28).

3.5.3. Los textos sintácticamente ambiguos abundan más que los de ambigüedad morfológica. Hay muchos ejemplos en los manuales, sobre todo en los de enfoque generativo. Generalmente, se trata de ejemplos fabricados a propósito. Daré a continuación algunos sacados de textos reales:

En el Ev. según Juan, I, 9, se lee:

- (8) ἦν τὸ φῶς τὸ ἀληθινόν, ὃ φωτίζει πάντα ἄνθρωπον ἐρχόμενον εἰς τὸν κόσμον.

La Vulgata tradujo: *erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*. Según L. MICHELENA, *Revista Española de Lingüística* 2, 2.º, p. 244, «San Jerónimo [...], en vez de aceptar la solución alternativa que ahora cuenta por lo que veo con las preferencias de muchos [no dice cuál es esa alternativa], procedió a una elección a que le forzaba sin escape posible el género neutro de φῶς». Pero la ambigüedad existente en el texto no se debe al género neutro de φῶς, sino a la indeterminación del género de ἐρχόμενον, que puede ser masculino o neutro. Si es masculino, será acusativo y concertará con ἄνθρωπον; si es neutro, será nominativo concertado con φῶς. En el primer caso, la traducción sería la de la Vulgata: *omnem hominem venientem in hunc mundum*; en el segundo, la traducción tiene que ser *veniens in hunc mundum*. Morfológica y sintácticamente ambas interpretaciones son posibles. Lógicamente, parece mejor la última. La de la Vulgata implica una redundancia: no

puede haber hombre que no venga a este mundo; pero no hay redundancia en decir que «la luz verdadera, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre».

A continuación, varios ejemplos latinos. Es muy citado como modelo de ambigüedad el oráculo que se le dio a Pirro, rey del Epiro:

(9) Aio te, Aeacida, Romanos vincere posse,

hexámetro de igual estructura sintáctica que el verso 5.º de la Égloga I de Virgilio:

(10) formosam resonare doces Amaryllida siluas.

En ambos, los acusativos pueden ser sujeto o complemento directo del infinitivo; puede haber, pues, dos interpretaciones: (9) «Te aseguro, Eácida, que puedes vencer a los romanos» / «...que los romanos pueden vencerte»; (10) «enseñas a los bosques a sonar: Amarilis hermosa» / «enseñas a la hermosa Amarilis a hacer sonar los bosques» (cfr. mi artículo «Sobre la interpretación de un verso ambiguo de Virgilio», *Estudios Clásicos* 62, pp. 87-97).

(11) Iustitia omnium est domina et regina virtutum.

También esta máxima admite dos interpretaciones: a) «La justicia es señora de todas las cosas y reina de las virtudes»; b) «La justicia es señora y reina de todas las virtudes». La ambigüedad se debe a la indistinción del género de *omnium*, que aquí puede ser neutro (1.ª interpretación), pero también femenino y concertar con *virtutum* (2.ª interpretación).

Finalmente, el conocido pasaje de César, *B. G. I*, 30, 2:

(12) ...pro ueteribus Heluetiorum iniuriis populi Romani.

Si la situación no lo aclarase, sería imposible saber, sólo por la sintaxis, quién o quiénes habían cometido o sufrido las injusticias a que se refiere el texto.

Esta ambigüedad sintáctica dimanante de la capacidad del genitivo para representar al sujeto o al objeto de la acción significada por la palabra regente de dicho caso (genitivo subjetivo u objetivo) se da también en las lenguas modernas, tanto en las que conservan como en las que han perdido la flexión nominal. Y la gramática generativa con su distinción de estructura profunda y superficial no ha avanzado un milímetro en la explicación y solución de este tipo de ambigüedad.

3.6. Con lo dicho quedan ejemplificadas, aunque muy parcamente, las tres especies de ambigüedad, léxica, morfológica y sintáctica, que pueden causar dificultades al traductor en la *comprensión* del TLO. Veamos ahora

cuál es la actitud que se debe adoptar, frente a la ambigüedad, en la fase llamada *expresión*, es decir, al construir en la LT el texto equivalente.

3.6.1. El traductor puede tomar ante una ambigüedad percibida en el TLO la decisión de eliminarla o conservarla. Pero esto, que parece tan sencillo, resulta, en la práctica, bastante complicado. Y las complicaciones se dan en dos planos: en el de las razones para tomar una u otra decisión, y en el de las posibilidades para cumplir la decisión tomada.

3.6.2. Antes de decidirse a conservar o eliminar la ambigüedad, el traductor debe considerar:

- a) si el autor ha querido o no expresarse ambiguamente, es decir, si se trata de una ambigüedad voluntaria o involuntaria;
- b) si, a pesar de ser involuntaria o probablemente involuntaria, la ambigüedad resulta enriquecedora del mensaje;
- c) si se trata de una ambigüedad claramente involuntaria y que más bien perturba el mensaje.

Si el autor ha querido expresarse con ambigüedad, es claro que el traductor debe intentar conservarla. Un ejemplo de ambigüedad voluntaria lo tenemos en (9).

Si la ambigüedad, aunque involuntaria o probablemente involuntaria, enriquece el mensaje, el traductor debe igualmente hacer lo posible para mantenerla; (10) es un buen ejemplo de este tipo de ambigüedad.

Tienen validez en ambos casos las conocidas palabras de Fray Luis de León en el prólogo a su traducción del *Cantar de los Cantares*, cuando dice que las palabras del traductor deben ser

de la misma cualidad y condición y variedad de significaciones que las originales tienen, sin limitarlas a su propio sentido y parecer, para que los que leyeren la traducción puedan entender toda la variedad de sentidos a que da ocasión el original, si se leyese, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere (*Obras Completas Castellanas*, Madrid, BAC, 3.<sup>a</sup> ed., 1959, p. 65).

Y las del teórico francés P. D. Huet:

Verbum ambigue dictum est, et duplicem admittit explicationem; cur in alteram illud trahis, vacuum alteram relinquis? cur sententiae partem Lectori largiris, hunc altera defraudas, tuamque secutus opinionem, nullum conjecturae aut privati iudicii locum relinquis? Certe res in medio posita ut erat, ita debuit consistere, et verbum anceps ancipiti verbo reddi (*Petri Danielis Huetii de Interpretatione libri duo...*, Parisiis, 1661, pp. 23-24).

Si la ambigüedad sólo sirve para entorpecer la comunicación, la actitud que deba adoptar el traductor puede ser discutible. Teóricos rigoristas,

por lo demás excelentes, exigen la mayor proximidad posible al original y, por tanto, la conservación de la ambigüedad. P. D. HUET (*o. c.*, p. 14) piensa que la mejor traducción es «*quae totum Auctorem ob oculos sistat nativis adumbratum coloribus, et vel genuinis virtutibus laudandum, vel, si ita meritus est, propriis deridendum vitiis*».

Nada podría reprocharse al traductor que siguiera esta norma. Pero hoy aceptaríamos posturas menos extremas, que autoricen al traductor a reproducir el pensamiento cierto del autor eliminando la ambigüedad. El verso 37 del poema de A. MACHADO *A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla*, dice:

(13) Poeta, el alma sólo es ancla en la ribera.

De la lectura del poema se deduce que, según Machado, para resistir al torrente bramador del tiempo *no hay más ancla que el alma*. Pero puede interpretarse también que el alma no tiene más misión que la de servirnos de ancla. Si Machado hubiera visto la ambigüedad, probablemente habría escrito:

Poeta, sólo el alma es ancla en la ribera.

El ritmo del alejandrino quedaría intacto, sin cambiar siquiera la acentuación de 2.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>, y la ambigüedad habría desaparecido. Oreste MACRÍ (*Poesie di Antonio Machado*, Lerici editori, Milano, 1961, p. 625) tradujo bien:

Poeta, solo l'anima è àncora sulla riva,

quizá no por el deseo consciente de evitar la ambigüedad, sino porque el trisilabismo y la acentuación esdrújula de *anima* no le permitían construir de otro modo el heptasílabo del primer hemistiquio.

3.6.3. Pero ¿tiene siempre el traductor la posibilidad de conservar la ambigüedad del original, o suprimirla, si le parece oportuno?

En primer lugar, hay ambigüedades intencionadas, tanto léxicas como morfológicas o sintácticas, irreproducibles en la LT. El autor juega con la polisemia de la LO, actualizando simultáneamente en el texto dos (o más) significados de un solo significante. Para que el traductor pudiera reproducir el juego, tendría que disponer en su lengua de un significante cuya polisemia abarcara los significados actualizados por el significante ambiguo del original. Pero esta coincidencia es poco frecuente. ¿Es posible mantener en la traducción la ambigüedad léxica con que juega Plauto (*Poenulus* 871-3) al actualizar al mismo tiempo dos significados de *alae*: 'alas' y 'axilas'?:

(14) S. Sine pennis uolare hau facilest; meae alae pennas non habent.

M. Nolito edepol deuellisse; iam his duobus mensibus Volucres tibi erunt tuae hircinae.

Y ¿cómo conservar la ambigüedad sintáctica del verso 646 de la misma obra:

(15) Nunc hunc, Lyce, ad te diripiundum adducimus,

cuyas cuatro últimas palabras tanto pueden significar: «te lo traemos para que lo despojes» como «lo traemos para que te despoje»? Es el mismo juego sintáctico de (9), muchas veces intraducible. A veces, sin embargo, es posible la aproximación. Para (9) quizá sería aceptable una traducción como:

Puedes conseguir, Eácida, el triunfo de los romanos,

con doble juego de ambigüedades: «Puedes conseguir» sugiere más bien que el sujeto alcanzará algo favorable, deseado, aunque no excluye lo adverso («obrando así, puedes conseguir tu ruina»); en cambio, «el triunfo de los romanos» parece dar a entender que los romanos serán vencedores, sin excluir del todo lo contrario: la preposición *de* puede equivaler a *sobre*: «triunfar *de/sobre* los romanos».

Para una posible traducción de (10) v. mi cit. artículo «Sobre la traducción de un verso ambiguo de Virgilio».

En (4), (5) y (6) la ambigüedad procede de la LO, no del autor del texto. Es, por tanto, involuntaria. Teóricamente, sería lícito suprimirla. Pero ni la supresión ni la conservación dependerán de la voluntad del traductor, sino de la estructura de la LT. Un traductor español *tendría que* eliminar la ambigüedad de los tres ejemplos; el problema está en saber si puede eliminarla adoptando la solución que verdaderamente corresponda al pensamiento del autor.

4. *La ambigüedad ficticia.* Es frecuente, sobre todo en determinadas épocas literarias, un tipo de ambigüedad que no es ambigüedad auténtica. El autor ofrece al lector un significante con dos significados posibles, pero dejándole ver enseguida cuál es el que se actualiza en el texto. En eso consisten precisamente los chistes y agudezas que se basan en juegos verbales; si el lector quedara verdaderamente perplejo, el chiste no tendría gracia, la agudeza carecería de punta. Véase, por ejemplo, el juego de palabras, un tanto macabro, que SHAKESPEARE (*Romeo and Juliet* III, 1) pone en boca de Mercutio, mortalmente herido:

(16) Ask for me tomorrow, and you shall find me a grave man.

La aparente ambigüedad se basa en la homonimia del adj. *grave* 'grave', 'solemne', y el sust. *grave* 'tumba'. Pero el lector comprende al punto que el significado realmente actualizado es el de 'tumba': «hombre de tumba», «hombre muerto», mientras que el otro: «hombre grave», «hombre solemne», es meramente aludido.

La ambigüedad ficticia puede plantear en la traducción los mismos problemas que la auténtica. A veces se conserva con relativa facilidad, recurriendo, casi siempre, a algún tipo de desplazamiento semántico. Así sucede con (16):

Fragt morgen nach mir, und ihr werdet einen stillen Mann an mir finden

tradujeron A. W. Schlegel y L. Tieck, jugando con la polisemia del adj. *still* 'tranquilo', 'reposado' (uno de los matices del ing. *grave*), pero también 'inanimado' (= «muerto», «encerrado en la tumba»).

Preguntad por mí mañana, y me hallaréis hombre tieso

podría traducirse al español, jugando con dos significados de *tieso*: 'riguroso', 'inflexible', y 'yerto', 'rígido por el frío de la muerte'.

Otras veces el juego verbal puede resultar intraducible. Cito a continuación tres textos de Quevedo, en cuyas obras satíricas abundan los juegos de palabras con ambigüedad ficticia.

- (17) Y es cierto que son diablos los Médicos, pues unos y otros andan tras los malos, y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos, y que los malos no sean buenos jamás (*Visita de los chistes*, en *Obras Completas* de Don Francisco de Quevedo Villegas..., tomo I, Madrid, 1772, por D. Joachin Ibarra..., p. 177 b).

El significado que realmente se actualiza aquí es el de 'bueno' = 'sano', 'malo' = 'enfermo'; la bondad y la maldad en sentido moral son significados meramente aludidos. Este juego verbal sólo sería reproducible en lenguas que tuvieran un mismo significante para 'bueno' y 'sano', y otro para 'malo' y 'enfermo'. Del mismo modo, la ambigüedad ficticia de este otro ejemplo:

- (18) Más justicia se ha de hacer ahora por un Quarto que en otros tiempos por doce millones (*ibid.*, p. 194 b)

se basa en dos significados de «un Quarto»: 1) un Rey cuarto de su nombre (Felipe IV), significado actualizado, y 2) moneda de cobre de poco valor, significado aludido. Tampoco puede reproducirse en lenguas que no dispongan de un significante abarcador de ambos significados. En cambio, esta agudeza:

- (19) Dígolo por los Escribanos y los Ginoveses, que éstos nos vuelan con las plumas el dinero de delante (*ibid.*, p. 198 a)

parece pintiparada para ser traducida al francés. Pero ¿a qué otras lenguas puede traducirse sin destruir la ambigüedad que la constituye?

5. Y ¿qué hará el traductor cuando no puede conservar la ambigüedad expresamente buscada por el autor? Le quedan dos recursos: la *adaptación*, si su lengua le da pie para ella, o la *nota explicativa*. Veamos un último ejemplo de Quevedo. Refiriéndose a los Sacamuelas dice:

(20) No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes ajenos, como si fueran ratones (*ibid.*, p. 179 a).

El «gatillo de dentista» se llama en al. *Zahnzange*, en ing. *pelican*, en fr. *davier*, en it. *cane*. En ninguna de las cuatro lenguas puede conservarse el juego verbal apoyado en el significado aludido de *gatillo*: 'gato joven, apasionado ya por la caza de ratones'. El al. *Zahnzange* (literalm. 'tenaza para [extraer] dientes') no parece sugerir ninguna adaptación plausible. Difícilmente podría intentarse con el fr. *davier*, procedente de un diminutivo del nombre propio *David*, pues esta etimología la desconocen en general los hablantes. En cambio el ing. *pelican* y el it. *cane* sugieren imágenes fácilmente adaptables: el pelícano que pesca vorazmente pecillos para llenar su bolsa, el perro que entra furioso en la cueva y arrastra fuera a la alimaña.

Cuando la adaptación resulta imposible, puede el traductor acudir a la nota explicativa. No pudiendo reproducir al mismo tiempo las dos (o más) interpretaciones permitidas por la palabra o expresión ambigua, puede dar en el texto una, la que mejor cuadre con el contexto o la situación, y señalar en nota la(s) otra(s). Así, para (15) podría darse en el texto la traducción:

Ahora, Lico, te traemos a éste para que lo despojes,

que es la que armoniza con la avaricia del lenón, y añadir en nota: El significado del verso puede ser también «Ahora, Lico, traemos a éste para que te despoje».

Lo dicho para la ambigüedad buscada vale para la ambigüedad involuntaria o probablemente involuntaria pero enriquecedora del mensaje. Las ambigüedades involuntarias pueden proceder de la estructura misma de la LO o del descuido del autor. Resuelto o forzado el traductor a eliminarlas, puede suceder que su decisión tenga que ser arbitraria, como en (4) y (6); pero también puede ser fácil y segura, como en (13).

6. Abundan más de lo que suele pensarse los ejemplos de ambigüedad, sobre todo léxica y sintáctica. Un traductor que sólo la detecte en el 50 % de los casos en que realmente existe, es como un cazador miope que sólo viera una de cada dos piezas que se le ponen a tiro. Por lo demás, una cosa es ver las piezas, y otra, cobrarlas. El tiro puede fallar por defecto del arma (inadecuación de la LT), pero también por mala puntería. Lo primero es irremediable; lo segundo puede corregirse, en parte, a fuerza de ejercicio.

